

UNA OPINIÓN

NORTEAMERICANA

La Editorial Wallace Rohr, de Nueva York, tiene la excelente idea de imprimir en la primera página de todos los libros que lanza al mercado:

«PRESTAR UN LIBRO ES UNA NOTORIA IMBECILIDAD. Está demostrado que más del 80 por 100 de los libros prestados NO SE DEVUELVEN. Usted, ha gastado su dinero en comprar este libro, no para que lo lean quienes tienen tanto dinero como usted para adquirir un ejemplar. ¡Proteja a los autores norteamericanos!.. ¡Proteja a la gran industria del libro, de la que viven millares de obreros y empleados norteamericanos!.. Si siente alguna simpatía por este libro y por su autor, CONSERVE AMOROSAMENTE ESTE EJEMPLAR. Gracias en su nombre y en el de todos cuantos trabajamos en la Editorial Wallace Rohr.»

Muy simpática y patriótica esta recomendación, cuyo valor podemos calcular, mejor que nadie, los que tenemos la valentía de editar libros por nuestra cuenta. Que en España somos poquísimos.

EL AUTOR.

571
A. LÓPEZ BECERRA (DESPERDICIOS)

AL MANICOMIO IDA y VUELTA

1945
LA EDITORIAL VIZCAINA
BILBAO

Librería Villar
Dean Vía 22-BILBAO



A los Hermanos de San Juan de Dios

¿A quién mejor que a vosotros podía dedicar este libro?... Y lo hago a todos porque para mí, que os he visto trabajar de cerca, todos sois iguales en la abnegación, en el sacrificio, en el derroche de caridad y, en no pocas ocasiones, de heroísmo. Por el amor a Cristo llegáis en el ejercicio de esas virtudes excelsas a límites que nos asombran a los que andamos por el mundo perdiendo el tiempo y os envidiamos mucho, en horas de rectificación y arrepentimiento, pero no nos decidimos a imitaros, porque lo que hacéis vosotros con los desgraciados que un día triste sintieron que su alma se entenebrece y su razón se extraviaba en la espesura de la niebla, supera a cuanto pudiera hacer nuestra fortaleza aun viéndose libre de flaquezas y egotismos; es tanto como pedir peras al olmo.

Quien al repasar las anécdotas del Manicomio, que viví entre otras mil, en días trágicos para la

Patria, no advierta su fondo dramático, deliberadamente esfumado por mi pobre pluma, no acertará jamás a valorar el tesoro inmenso de vuestra ternura para quienes la sociedad aparta de sí, y recluye a veces, por temor, pero, en muchos casos, por comodidad, ni podrá formarse una idea exacta de lo que es un Sanatorio modelo como el vuestro de Santa Agueda. No será mucho pedir a vuestra bien probada paciencia que la ejercitéis un poco en la lectura de estos recuerdos que, sin conexión, he recopilado en las páginas que siguen, como quien colecciona estampas, y a vuestra modestia conmovedora, que me perdone el olvido en que, deliberadamente, os tengo a lo largo del relato de episodios pintorescos en apariencia. El buen lector adivinará vuestra presencia porque sabe leer entre líneas aunque es arte vedado a no pocos. Para todos, pero de un modo especialísimo para el P. Damián Luengo y para cuantos con él supieron endulzar con cristiana alegría momentos serios de mi vida, recluido entre las altas tapias de Santa Agueda, mientras cantaban las ametralladoras enemigas la canción de muerte que repetía el eco de las montañas que preside el ingente Udala, un cordial saludo emocionado.

RECUERDOS DEL MANICOMIO

Por qué negué al P. Damián

Llegué de la cárcel de Larrinaga al Manicomio de Santa Agueda (Mondragón), en un coche-ambulancia de la Sanidad Provincial de Vizcaya. Ibanos tres sentados en las banquetas frente a la camilla y, sentado también en ésta, un caritativo enfermero. Los tres éramos: dos presos de los rojos y un hombre vestido de mono azul, que estaba ya en el coche cuando subimos a él y que nos miraba fijamente y en silencio. Supuse que era el delegado de alguna de las mil organizaciones en que estaban divididos nuestros enemigos y decidí extremar la nota de mi locura, en términos tales, que el enfermero se esforzaba en consolarme y me aseguraba que me llevaban a un balneario donde lo iba a pasar muy bien, porque había un hotel de primera y diversiones fantásticas.

El santo varón no podía sospechar siquiera que, en cuanto bajé las escaleras de la cárcel y me acerqué al coche-ambulancia, comprendí, con prudentemente contenida alegría, que adonde me llevaban era a Santa Agueda, cuyo Manicomio conocía perfec-

tamente por haberlo visitado muchas veces durante mis vacaciones en Oñate, invitado por mi pariente Damián Lizaur, ex-diputado provincial de Guipúzcoa y arquitecto del establecimiento.

Y lo supe no porque me lo dijeron en la cárcel, donde se limitaron a darme un grito en el patio, cuando íbamos a comer el inmundo rancho con que nos obsequiaba el Frente Popular ("¡López Becerra!... ¡coja en seguida el petate, que tiene que salir ahora mismo para un Sanatorio!"), sino porque al pie del coche ambulancia había dos señores vestidos de claro y con unas corbatas de colores netamente revolucionarios. Los dos me miraban sonrientes.

A uno le reconocí en seguida. Era el buen Padre Damián, Superior de Santa Agueda. Si San Pedro negó tres veces al Señor, antes de que cantase el gallo, yo negué tan rotundamente al P. Damián, cuando me animaba con palabras cariñosas y me preguntaba si le conocía, en el momento en que ponía yo el pie en el estribo para encaramarme al coche, que en la cara conocí su desolación y la lástima con que, a pesar de su pericia, consideraba mi perturbación mental.

No caía en cuenta el P. Damián, que si San Pedro negó al Señor por miedo a guardianes y criados, y especialmente a una criada, yo le negué a él por el pánico que me produjo la mirada fija del "delegado" del mono azul, sentado en el fondo del

coche de espalda a la cabina del chófer, y en vigilancia perenne.

El otro joven de traje excesivamente veraniego, corbata estallante y dulce sonrisa compasiva, que acompañaba al P. Damián, supuse que era un policía de la secreta que vigilaba la operación de nuestra salida de la cárcel y entrega a la ambulancia sanitaria. Luego resultó ser un Hermano de San Juan de Dios, el H. Abilio López, convenientemente disfrazado como el P. Damián, porque la "libertad" no toleraba hábitos por las calles, y con el cual, andando los días, establecí una sólida amistad que aún perdura en la vida civil, a la que ha vuelto, previas las debidas autorizaciones.

Llegamos a los bien cuidados jardincillos que rodean a la imagen del Sagrado Corazón de Jesús y conducen a las oficinas del Manicomio. Momentos después se nos presentaban, vestidos con los hábitos de la Orden, el P. Damián y el joven del traje veraniego a quien había yo metido, de golpe y porrazo, en la Policía secreta.

Con evidente candor se acercó a mí el P. Damián y me preguntó:

—¿Y ahora?... ¿Me conoce usted?

Tal mirada lancé al "delegado" del mono, que recostado en el quicio de la puerta seguía mirándome con perturbadora fijeza e imperturbable y desolador silencio, que el P. Damián cayó al fin en cuenta de la razón que me llevaba a negarle tanto

de paisano como en traje talar, antes y después de cantar todos los gallos imaginables.

Mi espanto no tuvo fronteras cuando el P. Damián, señalando al "delegado", me preguntó riéndose:

—Pero ¿qué le importa a usted éste?...

Bajé la cabeza pensando que la imprudencia del P. Damián estaba aproximando la hora de mi fusilamiento, cuando añadió, en medio de un par de carcajadas:

—¡Pero si es un pobre idiota!

—¡Por Dios, tenga cuidado con las palabras! —repliqué, para ver si me congraciaba con el "delegado".

—Sí; es un pobre idiota que viene a ingresar en el establecimiento. ¡A ver, Hermano, conduzcalo al pabellón!

Y el pobre idiota obedeció mansamente, se alejó por los largos y claros pasillos acompañado del buen Hermano de San Juan de Dios, camino de la celda que le tenían dispuesta.

Fué entonces cuando me levanté y abracé emocionado al P. Damián, mientras le decía:

—¿No había de conocer a usted?... Le conocí cuando me lo preguntó usted al pie del coche, a la puerta de la cárcel de Larrinaga.

Y gracias a haberle conocido supe que me traían a aquella Casa y que, sin proponérselo, me acercaban mis enemigos, muy desorientados aquellos días,

al frente de Guipúzcoa, por donde habría de llegar mi liberación con la alegría infinita de volver a ver la bandera de mi Patria.

Literatura en papel higiénico

Una vez en mi celda y acostado en una cama blanca, cómoda y limpia, que avivaba el contraste con la hediondez de la cárcel que había abandonado hacia unas horas, el P. Damián vino a visitarme y me recomendó:

—Procure no hablar con los enfermeros civiles. No diga a nadie quién es usted, porque en la Casa hay enfermeros impuestos por la Diputación frentepopulista de Guipúzcoa que en seguida lo contarían, y absténgase, por ahora, de bajar al patio a las horas de recreo. Toda prudencia es poca.

No sirvió de nada la recomendación porque el chófer y los empleados que habían venido en el coche-ambulancia se fueron a comer a la fonda del diminuto pueblo de Santa Agueda, y el chófer dijo a los que le preguntaban qué enfermos habían traído:

—Entre ellos, al director de *La Gaceta del Norte*, de Bilbao. Viene el infeliz como una cafetera rusa.

¡También aquel chófer tenía ideas preconcebidas acerca de las cafeteras del país de Stalin!

En los Manicomios sucede como en las cárceles. No se sabe por qué misteriosos procedimientos llegan a ellos las noticias. Lo cierto es que nunca es-

tuve tan bien, enterado de la marcha de nuestra Cruzada, como en los días de cárcel y de Manicomio.

Tan rápidamente llegó la noticia de mi ingreso a los enfermos de Santa Agueda, que poco tiempo después se presentaba en mi celda el P. Damián para decirme:

—¡ Todo inútil!... Ya saben todos quién es usted.

Afortunadamente para mí, los enfermeros laicos y marxistas se marcharon aquel día muy entusiasmados, al frente de Mondragón, en un camión "blindado" (blindado de hoja de lata), que vino a buscarlos. Se marcharon amenazando con el puño y las pistolas. Los infelices perecían pocos días después. Una granada dirigida a una concentración de automóviles de los rojos, en los alrededores de Mondragón, dió de lleno en el misérrimo "blindado".

La primera prueba tangible de que la noticia de mi llegada se había propalado a todo el Manicomio, fué de tipo literario.

Un Hermano vino a visitarme para advertirme que uno de los enfermos, un joven con aficiones de escritor, quería saludarme y darme a leer un trabajo suyo que se titulaba "CARIDAD". Deseaba conocer mi opinión. El Hermano me advirtió:

—Haga lo que le parezca, pero le adelanto que no se lo podrá quitar de encima. Escribe sin cesar y sabe burlar nuestra vigilancia para penetrar en los W. C. y llevarse tiras enormes de papel higiénico que luego corta en cuartillas.

En efecto, CARIDAD estaba escrito en aquella clase de papel. El autor era un joven con demencia hereditaria. Su padre estaba recluido en otro Manicomio. Tenía la manía de los humoristas y me recitó de memoria artículos de Fernández Flórez, de Julio Camba y míos; una memoria realmente prodigiosa.

Como yo, para halagarle, le dije que "CARIDAD" estaba muy bien, se alejó corriendo, y una hora después me traía otro artículo titulado "PRIMAVERA", y a los tres cuartos de hora otro y en seguida otro y otro y otro... ¡ Aquello era una máquina! Escribía con lápiz sus terribles incongruencias. Aquel cerebro estaba en constante ebullición creadora. Un domingo me sorprendió con un bonito trabajo que me desconcertó por su belleza literaria y por su inesperada sensatez, que únicamente desaparecía en las cinco últimas líneas. Le titulaba como mi libro "HA LLEGADO EL SEÑOR LOPEZ", y era una minuciosa exposición impresionista de mi humilde persona; había trazos maestros.

Pero fué tal la abundancia de escritos que me entregaba y tan probable la ruina del Manicomio por el gasto extraordinario de papel higiénico, que fué preciso trasladarle a los departamentos que no tenían comunicación con los nuestros y en cuyos W. C. se usaba papel de periódicos viejos... o no se usaba nada.

El Procurador que era la Banda de Vergara

La primera noche de Manicomio dormí como un bendito. Me resarcía de los insomnios de la Cárcel. Además comprobé, y me complazco en divulgar la receta, que no hay hipnótico como una gran fuente de lonchas de un jamón excepcional que guardan para las grandes ocasiones los Hermanos de San Juan de Dios. Tanta hambre traía de la cárcel, y era tan feroz la que se me había despertado con las emociones del viaje, que me comí la fuente entera y sólo dejé las aceitunas con que habían adornado, en un rasgo emocionante de arte culinario, las lonchas de jamón. ¡Para que no se dijera!... Dormía como un justo cuando, a las seis de la mañana, me despertó algo así como una música lejana que avanzaba por los pasillos del pabellón tocando una alegre diana. La "banda" sólo tenía un músico, que a su vez no contaba con otro instrumento que el de su boca y sus pulmones.

Era la "Banda municipal de Vergara".

Así la llamaba el Procurador de los Tribunales, vergarés de nacimiento, que por tercera vez había ingresado en el Manicomio y había hecho cuestión de vida o muerte despertarnos a todos con la temprana diana en la que imitaba al cornetín, al bombo, al trombón... Lo peor es que, además de la "banda", imitaba el disparo de cohetes y chupinazos con perfección escalofriante. Llevando el paso de un "ate-

gre pasacalle", recorría los pasillos y galerías hasta llegar a la hermosa rotonda sobre el amplio jardín en que termina el pabellón. Le acompañaban las rotundas maldiciones de todos los enfermos.

Aquella primera madrugada mía en la Casa, la "Banda" se detuvo ante el número 13, que era el de mi celda, para obsequiarme con el concierto de honor al nuevo huésped. De pronto cesó todo ruido y pude notar que alguien daba vueltas al pestillo con que se abren, únicamente desde fuera, las puertas de las celdas. La de la mía se abrió poco a poco. Milímetro a milímetro fué avanzando primero la nariz y luego el resto de una cara totalmente desconocida para mí. Sus ojos se clavaron en los míos y, no sin cierta zozobra, pregunté:

—¿Quién es usted?

—La "Banda municipal de Vergara" —me contestó.

Los ojos de la "Banda" dejaron de mirarme para posarse con cierto arrobamiento en el hermoso reloj de oro, regalo de boda de mi padre, que había colocado sobre la mesilla de noche. Poco después avanzaba el cuello de la "Banda de Vergara", y unos segundos más tarde el brazo de su director aparecía en mi celda y se dirigía, precedido de una robusta mano, hacia mi reloj, que, al fin, quedó entre sus dedos mientras el demente me preguntaba:

—Esto ya valdrá más de *sinuenta* duros, ¿verdad?

—Creo que sí —contesté un poco "mosca".

—Muchas *gracias*.

Y la "Banda" se metió el reloj en el bolsillo del chaleco y se disponía a cerrar la puerta, cuando, sacando fuerzas de flaqueza, le grité imperativo:

—¡Deje usted ese reloj inmediatamente!

Acerté en el tono y en la energía, yo, que no entendía nada de locos entonces; porque el buen Procurador de los Tribunales dejó apresuradamente el reloj en la mesilla y reanudó la alegre diana a lo largo del pasillo, introduciendo en la partitura el repiqueteo de un solo de cornetín.

Era originalísima la conducta de este enfermo, en constante euforia.

El, que estando sano era un fervoroso católico practicante, en cuanto entraba en el Manicomio no había medio de hacerle oír misa, ni de que visitase la hermosa capilla del establecimiento. En cambio, en cuanto terminaba el concierto matinal, se iba a la rotonda, convertía una mesa de paja en altar y decía él la misa. Con la particularidad de que como no tenía monaguillo, imitaba con un lamentable falsete la voz del niño que tenía que contestar a sus *Dominus vobiscum*. Algunos días decía misa de *Requiem*, con lo que entristecía, hasta el llanto a raudales, a un enfermo que tenía su celda al lado de la rotonda y oía todo cuanto pasaba en ella. Me tomó este enfermo mucho afecto, y en cuanto él

Procurador empezaba sus cantos funerarios me llamaba apresuradamente y, apenas entraba en su celda, me cogía las manos, me las llenaba de lágrimas y me suplicaba:

—¡Por Dios, dígame usted a ese hombre que se calle!... ¡Me mata con esas misas!... Bien que diga la misa ordinaria, pero, por lo que más quiera en este mundo, que no cante la de *Requiem*... ¡Corra usted a decirle que se calle!

Y en efecto, yo corría, pero todo era inútil. Hasta el *Requiescant in pacem* no había medio de que el Procurador se callase.

Después de la comida de medio día, el buen Procurador tomaba la rotonda por frontón y con una pelota imaginaria, como sus contrincantes, jugaba partidos de pelota hasta caer rendido y sudando copiosamente. A la vez imitaba a los corredores y, mientras hacía saques fantásticos y daba volcas innarrables, gritaba como un desesperado y empleando distintas voces:

—¡10 a 5!... ¡10 a 5!... ¡14 a 6!... ¡14 a 6!... ¡10 a 5!... ¡10 a 5!...

En medio de su trastorno era feliz. Hasta llegué a envidiarle. Ni se daba cuenta de que había guerra y revolución, de que se asesinaba a millares de buenos ciudadanos españoles, de que ardían en pompa iglesias y conventos... él tenía bastante con su "banda", su misa y su partido de pelota.

“¡Tenga usted cuidado con los Médicos!”

Uno de los perturbados que se paseaba por los jardines interiores del Manicomio, me llamó la atención porque, hiciera frío o calor, salía al recreo muy abrigado con un gabán de cuero. Siempre que pasaba cerca de mí se quitaba cortés el sombrero, hacía una profunda reverencia y me decía:

—Bienvenido seáis, señor. Os deseo unas felices Pascuas y una feliz entrada y salida de año. Este es bisiesto.

Un día quedé sorprendido porque después del acostumbrado saludo, repetido al cabo del día 50 ó 60 veces, se me acercó y me dijo:

—Hace muchos años que le conozco a usted. Todavía me acuerdo de lo que le dijo usted al *Gallo* en una revista de toros.

Y al llegar aquí me dijo de memoria párrafos enteros de una revista escrita por mí hacia muchos años. Estaba asombrado de su memoria y mucho más de que la hubiese empleado en cosa tan fútil, cuando, cogiéndome por el brazo, me dijo en tono confidencial:

—¡Tenga usted cuidado con los médicos!... No les diga usted qué capital tiene. A mí me ha perdido el habérselo dicho, porque hasta que no les dé la mitad no me dejarán salir de aquí. Según la cotización de hoy, he llegado ya al millón seiscientas

mil pesetas. Vea usted... ¡no les voy a dar medio millón trescientas mil!

Y sacando de un bolsillo interior del abrigo de cuero un viejo cuadernito, me fué leyendo los valores que tenía y el precio de su cotización en Bolsa.

Todos eran valores inventados por él. Así, tenía paquetes de acciones del “*Ferrocarril Aéreo de Pamplona a Algeciras*”, de la “*Real Fábrica Asturiana de Botellas de Limonadas Purgantes*”, de la “*Granja Agrícola La Fresa*”, de Corella, etc., etc. Al lado de cada valor tenía escrito el precio de compra, y en papeles sueltos llevaba las cotizaciones de Bolsa. Una simple suna le había proporcionado el buen rato de saber que podía contar con la mitad del millón seiscientas mil pesetas, porque la otra mitad tendría que ser para los médicos... o no salía de allí en lo que le restase de vida. Entregado de lleno a la confidencia, me preguntó sonriente:

—¿Qué cree usted que será lo primero que haga en cuanto salga?...

—No puedo adivinarlo.

—Comprar una ametralladora en Casa de Muñoz, el sastre, que las construye muy buenas, en seguida presentarme en casa de mi suegro, llamar a la puerta y ¡tra-tra-tra-tra-tra!, dispararle la ametralladora y ¡patas arriba!; luego iré a visitar a la imbécil (él usó otra palabra peor) de mi mujer y ¡tra-tra-tra-tra-tra!... ¡patas arriba!; después pre-

sentarme donde D. Celedonio, el médico de Tudela, y ¡tra-tra-tra-tra-tra!... ¡patas arriba!

En aquel momento pasó a nuestro lado el Procurador de Vergara y me dijo:

—No le haga usted caso. Este no mata una mosca. ¡Siempre está con el ¡tra-tra-tra-tra-tra!

Se indignó el hombre del abrigo de cuero y, mirándole con desdén, me advirtió:

—¡Compadézcale usted! Está como una cabra. Los dos somos de Vergara. Se volvió loco, el pobre, hace años.

Y mirando de nuevo al Procurador, se quitó solemne el sombrero y le dijo, como tantas veces a mí:

—Os deseo unas felices Pascuas y una feliz entrada y salida de año. Este es bisiestos.

El Procurador, hombre de humor excelente, le preguntó:

—¿Qué tal van los *negosios* de Pamplona?

Se puso lívido el hombre del abrigo de cuero y, amenazando al Procurador con los puños cerrados, gritó:

—¡Canalla!... ¡Bandidero!... ¡Cochón, en francés...!

Como yo había conquistado su confianza, le calmé y obligué al Procurador a que se marchase, lo que hizo a los acordes de uno de sus alegres pasacalles con mucho acompañamiento de trombón. El hombre del gabán, bajando la voz y acercándose a mi oído, me confesó:

—Yo no he declarado aquí más que la mitad de mi fortuna. La otra mitad la tengo en esos negocios de Pamplona de que ha hablado ese miserable, al que, en cuanto salgamos de aquí, le dejaré patas arriba con mi ametralladora de Casa de Muñoz.

Y sacando de un sitio inverosímil otro cuadernito deteriorado me leyó las cuentas del negocio de Pamplona. Lamento, por su índole, no poder repetir aquí, pero la verdad es que, de no tratarse de la creación de un cerebro enfermo, quien debía coger la ametralladora del Sastre Muñoz y ¡tra-tra-tra-tra!, dejar patas arriba al hombre del gabán de cuero, era su infeliz mujer. ¡Y no se diga nada su suegro!

El decano del Manicomio de Santa Agueda

Se llamaba Galo y tenía su celda en el pabellón de San Ignacio, muy cerca de la habitación en que murió Cánovas del Castillo asesinado por Angiolillo, cuando lo que hoy es Manicomio era un acreditado establecimiento balneario de aguas sulfurosas.

Fino, atento, correctamente vestido, dedicaba a la pintura al óleo los escasos ratos libres que le dejaba la copia, en pequeños trozos de papel, de su famoso "Teorema número 2" y de las tres circunferencias tangentes, elementos con los que tenía de sobra para explicar a los visitantes el misterio de la Santísima Trinidad.

Llevaba en el Manicomio tantos años como los que tiene éste de existencia; y había ido a él procedente del de Cienfuegos, a cargo también de los beneméritos Hermanos de San Juan de Dios. Todos los días preguntaba que cuándo salía, y los Hermanos, caritativos, le señalaban una fecha próxima para consolarle. Consuelo que no duraba un minuto porque al cabo de éste ya estaba entretenido con su "Teorema número 2" y su desentrañado misterio de la Santísima Trinidad. En las funciones teatrales, Galo desempeñaba los papeles principales con toda corrección, sin que, ni una vez siquiera, se distrajera con su manía. Era el verdadero director de escena.

Ustedes no pueden hacerse una idea de lo que es una función de teatro representada por locos, y se maravillarian del orden y concierto con que se representa la obra. Los pequeños fallos son celebrados con verdadero júbilo por un público de dementes, más perceptivos, en general, de lo que el vulgo cree. Lo único grave era que también se contagiaba con la risa el apuntador e incluso sacaba la cabeza fuera de la concha para celebrar el acontecimiento con los espectadores más próximos, con lo que la representación se interrumpía hasta que se convencía al apuntador de que estaba faltando a su deber y echando a perder la obra. Tarea casi tan difícil como la de hinchar un perro.

El día del P. Director sorprendió Galo a éste

con el regalo de una tablita pintada por él. Era una reproducción muy aceptable de la Purísima de Murillo. Cuando, al cabo de once meses entré de nuevo en el Manicomio con las tropas que habían tomado Santa Agueda, el bueno de Galo se había olvidado por completo de mí, y tomándome por una de las figuras más salientes de la Cruzada, me espetó un patriótico discurso de bienvenida, me felicitó por las victorias alcanzadas y me rogó que, como modesta ofrenda personal, aceptase una copia de su "Teorema número 2", con lo que además de contribuir a salvar a España, podría explicar a los españoles el misterio de la Santísima Trinidad, si al mismo tiempo no desdeñaba su teoría de las circunferencias tangentes. Le di las gracias en nombre de mis colaboradores, y entonces Galo, incluíndose profundamente, me dijo:

—Sería para mí un honor hacer a Su Excelencia un retrato de cuerpo entero al óleo para colocarlo en la sala del Consejo de Administración de Saltos del Duero, S. A.

Los locos que se habían acercado al grupo rompieron en aplausos entusiastas y gritando ¡Viva Galo!, le alzaron en volandas y le pasearon así por todo el jardín.

El Procurador de Vergara, muerto de risa, se me acercó, y pegándome en un hombro me dijo:

—¿Ha visto usted cómo están?... Cada día más locos. Esto parece un Manicomio.

Oyendo la Radio

Después de comer se hacía conmigo la honrosa y agradecida excepción de invitarme a bajar a las Oficinas del Establecimiento para escuchar, en unión del P. Damián, el P. Capellán, algunos invitados del pueblo y el único médico que había quedado en la Casa, las emisiones de la Radio Nacional. ¡Cuántas emociones!... ¡Y qué distintas...! Porque también oíamos alguna vez a la Emisora de Bilbao, y gracias a eso pude asistir, a distancia, al regocijantemente grotesco espectáculo del "Acto de Guernica", con nombramiento de "Gobierno de Euzkadi" y todo; y el discurso alentador del Presidente de la pequeña República, que empezaba en el Hotel Carlton y terminaba un poco más allá de Achuri.

¡Con qué profunda emoción seguimos las incidencias del cerco de los rojos al Alzazar de Toledo, de la heroica defensa de aquellos españoles insignes, cuyo ejemplo estremecía al mundo...! ¡Cuánto se lloró de alegría el día inolvidable en que la Radio nos anunciaba la liberación de los héroes y con ella los mil detalles conmovedores de la gesta gloriosa...!

Por aquella radio llegó a nosotros, en aquel apartado rincón del mundo, la atroz noticia del asesinato en los barcos y en las cárceles de Bilbao de tantos queridos amigos y compañeros de persecución que habían compartido conmigo penalidades, injusticias y vejámenes cuyo recuerdo es muy difícil arrancar

del corazón. En una de aquellas prisiones había dejado a mi hijo. ¿Qué sería de él...? Imagináos mi tortura.

Incidentes en la capilla

Los domingos y días festivos llenaban los enfermos la hermosa capilla del Sanatorio para oír Misa, en la que solía predicar el Evangelio un simpático y docto agustino de El Escorial, el P. Conde, ya fallecido, que de vez en cuando se tenía que recluir en el Manicomio. Era alto, delgadísimo y de color cetrino. Le gustaba hablar mucho conmigo de política internacional y seguía nuestra guerra como podía hacerlo el más perito oficial de Estado Mayor. Me hacía pensar mucho en nuestros frailes guerrilleros de la época de nuestra Guerra de la Independencia.

En sitio principal de la capilla, delante de las hileras de bancos y debajo del púlpito, ocupaban rojos reclinatorios el P. Superior, el capellán de la Casa y el médico, supremas autoridades del Manicomio.

En general, los enfermos mentales seguían la Misa con la misma atención y quizá con mayor devoción que los sanos. Pero no faltaban, de vez en cuando, los inesperados incidentes propios de tales fieles.

Un día en que el P. Conde explicaba el Evan-

gelio en que se relata el portentoso milagro de la multiplicación de los panes y los peces, brotó del fondo de la capilla una voz campanuda que gritó:

—¡Eso no es así!... Yo estuve allí ese día y a mí no me dieron ni un pan ni un pez.

El P. Conde, exaltado por la interrupción, replicó desde el púlpito; el loco le contestó que él tenía más peces que nadie, y el predicador, perdidamente ya toda serenidad, contestó airado:

—¡Falso!... ¡Falso!... ¡Que los enseñe ese desgraciado!

Corrieron los Hermanos hacia el sitio en que se sentaba el hombre que se creía acaparador del pescado; le calmaron y continuó la predicación, sin que en el auditorio hubiese producido el incidente la menor turbación, y sin que la mayoría de los asistentes a la Misa hubiesen vuelto la cabeza para conocer al pescador afortunado de fe titubeante.

Otro domingo, después del *Sanctus* sentimos pasos. Alguien avanzaba resueltamente desde el fondo de la capilla por el pasillo central que separa a las dos hileras de bancos. Era el literato partidario de los humoristas. Se acercó al sitio en que, arrodillados en los reclinatorios, oían la Misa el P. Director y el médico, Sr. Olano. Hizo una profunda reverencia al P. Director y luego, acercándose al oído, le dijo algo al doctor, que a juzgar por la cara que puso, no debió de ser cosa agradable.

El perturbado emprendió la retirada con el mis-

mo paso regular y rítmico con que había avanzado por el pasillo y siguió oyendo la Misa tranquilamente desde el fondo de la capilla.

Al terminar la Misa, me acerqué al doctor y le pregunté:

—¿Qué ha sido eso?

—¡Nada! Que ese mentecato se ha acercado a mí y me ha dicho al oído: "A la salida le voy a pegar a usted un puñetazo que le voy a partir el cráneo en tres pedazos iguales".

—¿Y no teme usted una agresión?

—No, señor. ¿No le ve usted qué tranquilo está hablando con aquellos enfermos en aquel rincón de la galería?...

Yo, en el pellejo del Dr. Olano, no hubiera estado tan descuidado, porque de los escarmentados salen los avisados. Y lo que le sucedió un día al Dr. Olano era como para pasarse la vida desparmando la vista y ser el hombre más avisado de la tierra.

Pasaba su diaria visita a los enfermos, y al llegar a la sala en que yacen en blancos lechos los que no pueden tenerse en pie, el doctor se acercó a una de las camas y preguntó al enfermo:

—¿Qué tal nos encontramos?

Y el enfermo, con voz apagada, casi imperceptible y con los ojos llenos de destellos de ternura, le contestó:

—Muy bien, doctor, muy bien.

Para oírle mejor se inclinó más el doctor. El demente, que estaba muy tapadito hasta el cuello, aprovechó la postura, sacó rápidamente el brazo derecho, armado de un pedazo de hierro que se había podido proporcionar, y dió tan fenomenal golpe en la cabeza al doctor, que éste cayó al suelo sin sentido. Fué preciso traerle a Bilbao en un automóvil y practicarle, en la clínica del Dr. Areilza, la trepanación.

El hombre del "ABC."

Uno de los locos que más me llamó la atención en cuanto salí al jardín, en que la mayor parte de ellos pasan el día, fué "El hombre del "ABC". Alto, fornido, silencioso y solitario, era uno de los primeros que salían al recreo sin importarle el tiempo. Con lluvia, con nieve, con sol... ¿Lo mismo le daba! No podía vivir más que al aire libre. En la mano derecha, y muy enrollado, llevaba siempre un número viejísimo del "ABC". Jamás consiguió nadie, ni los Hermanos de su pabellón, verle desplegar el periódico, ni conocer su fecha. Era, para él, como un talismán de valor incalculable. ¿Dónde lo escondía por la noche? No hubo medio de averiguarlo.

Su obsesión era introducirse en pabellones que no eran el suyo, pasarse largos ratos contemplando los cuadros que colgaban de las paredes y hablar

ante ellos en voz tan baja, que fracasaron todos cuantos intentos hice para acercarme disimuladamente a él y oír lo que le inspiraba la contemplación de aquellos cromos, de asunto religioso casi todos.

No se trataba con nadie, ni saludaba, ni contestaba a los saludos. Por eso mi sorpresa fué extraordinaria al verle que un día, en que salía yo de la peluquería —¡oh, inolvidable peluquería del Manicomio, de la que hablaré más tarde!— se dirigió a mí con paso resuelto, y parándose en seco, me preguntó, mientras me apuntaba con el rollo del viejo "ABC":

—¿Es usted el práctico de Gijón?

Yo, que conocía ya mis clásicos, le contesté sin titubear:

—Sí. Soy el práctico. ¿Ocurre algo?

—Le llama a usted el Comandante de Marina de Singapur.

—¿Dónde está?...

El demente giró sobre sus talones y señalándome a un pobre sacerdote que tenía la obsesión de creerse el Papa Pío IX y se pasaba el día echando bendiciones, exclamó rotundo:

—¡Ahh!

Dió media vuelta y se fué. No me volvió a hablar ni a mirar siquiera durante todo el tiempo que estuve en el Manicomio. Andando el tiempo supe que este desgraciado había asesinado una noche al pobre Hermano sereno. Le esperó escondido en el

huelco de una escalera, y cuando el Hermano, bien ajeno a que la muerte le acechaba, se dirigía a terminar su recorrido de vigilancia, le echó al cuello una toalla y apretó con tal fuerza, que estranguló al santo y abnegado religioso. ¡Una víctima más!... ¡Un nuevo mártir de la Caridad!...

—¡De buena se libró usted! —me decía un Hermano a quien contaba el breve diálogo con *El hombre del "ABC"*, al salir de la peluquería.

—¿Por qué?

—Porque si llega usted a decirle que no es el práctico de Gijón, le echa a usted la mano izquierda al cuello. Es un zurto con una fuerza formidable. A otro a quien se lo preguntó hace seis meses y le contestó que no era el práctico de ningún puerto ni quería serlo, no le estranguló gracias a la rapidez con que acudieron los Hermanos de guardia en el jardín. Para él es una gran ofensa que se niegue esa especialidad náutica.

"¡A mí no me ahorca usted el seis doble!"

Los enfermos tienen en el Manicomio un bonito casino, mesa de billar, juegos de ajedrez, de damas, de dominó, de ping-pong, pequeña biblioteca, etcétera, etcétera.

Un día en que visitaba yo el casino, el Hermano encargado de su custodia me invitó a que me fijase discretamente en un hombrecillo desmedrado, pá-

lido, con una tremenda cabeza puntiaguda y unos tristes ojos de perro perdiguero que recorrían constantemente las líneas de un tomo enorme de una vieja *Ilustración*. Al salir del casino, me dijo el Hermano:

—Por poco se nos muere. Es muy aficionado a jugar al dominó. Su compañero era un eibarrés a quien usted conoce. El que lleva bajo el brazo una caja de puros en la que guarda unos dibujos a los que adjudica un valor de millones. El eibarrés es hombre de mucha sorna y aquel triste día le dijo a su contrincante:

—Te voy a ahorcar el seis doble.

—¿Quién?... ¿Tú?... Ni tú, ni el Rey, ni las Cortes Españolas me ahorcan el seis doble.

—Eso lo veremos.

—Eso está visto.

Y cogiendo la ficha, se la llevó a la boca y, aunque a usted le parezca imposible, se la tragó. Fueron tales los dolores y los gritos, que todo el Manicomio se estremeció. Fue preciso llevarle rápidamente a Bilbao, donde, gracias a una habilísima y feliz operación quirúrgica, se le extrajo el seis doble. Ahora está convaleciente, pero echa unas miradas a las bolas de billar, que estoy temblando cada vez que se acerca a la mesa a ver una partida. El doctor que le operó nos dijo que tiene una garganta como un león. Usted sabe muy bien el tamaño extraordinario de las chuletas que se sirven al mediodía. Pues bien:

un día nos dió otro susto, porque se tragó una chuleta entera, sin cortarla ni masticarla. Menos mal que aquella la digirió perfectamente.

—Deberían ustedes tener dominós de chocolate —apunté.

—; Pues sí que iban a durar mucho!

El dulce y el tabaco es lo que más gusta a esta clase de enfermos. Sobre todo el tabaco. Era de ver cómo corrían en bandadas por el largo pasillo de mi galería hasta llegar al pequeño estanco que administraba el Hermano Abilio, cada vez que este gritaba —y lo hacía todas las mañanas— con espléndida voz:

—¡¡ Tabaco!!... ¡¡ Tabaco!!...

Lo saben perfectamente cuantos visitan esta clase de establecimientos. En cuanto saludan a un enfermo, lo primero que piden es un pitillo. Sólo me falló en un caso la regla general. Uno de los dementes con el que había conversado, en conversación normal que hacía dudar de la justicia de su encierro, al despedirse de mí me cogió por un brazo, me apartó de unos grupos próximos y, poniendo mucho misterio en la súplica, me dijo:

—Haga usted el favor de darme, ahora que no nos ven, el Diccionario Espasa.

—¡Pero si son veinte o treinta tomos!

—No importa. Regístrese usted, que en algún bolsillo los tendrá. Todos los periodistas tienen us-

tedes el Espasa. Ande, pronto. ¡Regístrese o le registro yo!

La providencial llegada de un Hermano, que se escapó de aquel misterioso aparte y conocía la obsesión del enfermo, me salvó de un registro por la violencia. Desde entonces no he vuelto a hojear el Espasa.

¡Pobre chico de Pamplona!

En el pabellón de San Rafael vivía con nosotros un chico de Pamplona, un retrasado mental. Ignoro por qué motivo despertaba el odio implacable de un pobre sacerdote que había perdido todos los tornillos menos el preciso para ser un excelente e infatigable ajedrecista. Ganaba siempre y ¡ay del que no se dejase dar jaque-mate!...

Cada vez que Jacinto, que así se llamaba el chico aborrecido, pasaba cerca del ajedrecista, le atizaba éste unos pescozones que hacían temblar a la galería y provocaban tales gritos y carreras del muchacho; que todos acudíamos a consolarle, mientras nos oponíamos a su persecución por el agresor, empeñado en sacar consecuencias de su victoria inicial. Entonces el Hermano jefe de la galería castigaba así al cura de mano ligera:

—Vaya usted a su cuarto, acuéstese y pase tres días en la cama.

Era el castigo que más le afectaba.

Antes de obedecer, cosa que es absolutamente precisa en el Manicomio, salvo que se prefiera recibir ciertas inyecciones de trementina que le dejan a uno más blando que un guante y más disciplinado que un recluta, el pobre perturbado reclamaba siempre:

—¡A ver, que me pongan en seguida una conferencia telefónica con Vitoria!... ¡Quiero contarle lo que hacen conmigo al Sr. Obispo!... ¡Pronto, pronto, conferencia con el Obispado!... ¡Yo tengo jurisdicción exenta!

Me hizo mucha gracia un día el Procurador de Vergara. Estábamos en el comedor. El desgraciado Jacinto, que se olvidaba siempre de la bofetada anterior, tuvo la desgracia de pasar cerca de la mesa en que comía su empedernido enemigo. Apenas le vió éste, se levantó y, ¡¡zas!! le atizó el mayor tortazo que ha oído la cristiandad.

No había dado el primer alarido Jacinto, cuando el Procurador chillaba con mucha sorna desde otra mesa próxima imitando la voz del agresor temaz, que era atiplada:

—¡Que vayan preparando la conferencia con el Sr. Obispo!... ¡Vitoria, Vitoria, aquí Santa Agueda!... ¿Está al aparato Su Ilustrísima?...

Si con la mirada se pudiera destruir a un procurador de los Tribunales, que a la vez era Banda

Municipal, el de Vergara hubiera fenecido en el acto ante la que le lanzó el enemigo personal del infeliz y bien vapuleado Jacinto.

La simulación de Calle Iturrino

Mi buen amigo Esteban Calle Iturrino, a quien recordaré siempre con el mayor afecto, estaba en el Manicomio cuando yo llegué a Santa Agueda. Había batido todos los "records" de la simulación para librarse de la barbarie que en aquellos penosos tiempos de la Revolución reinaba en Bilbao.

Simuló un ataque de apendicitis y se dejó extraer uno de los mejores, más sanos y más bellamente formados apéndices que ha albergado jamás capacidad abdominal alguna de poeta. Trasladado del Hospital a una clínica particular, simuló, a la vista de unos milicianos armados que practicaban un registro, un ataque de locura furiosa que le acreditó, para siempre, como uno de los más excelentes trágicos de nuestra escena. Un artista genial a quien debo el destello de inspiración que me llevó de la Cárcel al Manicomio, donde, con gran alegría mía, me lo encontré. Estaba flaco, amarillento, con el cabello revuelto y metidos los pies en unas zapatillas horrendas. Se había hecho una gran personalidad de perturbado integral. Andaba a grandes zancadas. Comía en su habitación y se pasaba el día reclamando su libertad. Se negaba a aceptar resignadamente que

estaba allí, como yo, en calidad de detenido. Se ensayaba en saltar tapias para el día de su fuga y en procurarse llaves, de las que llegó a tener una preciosa colección. Porque conviene advertir que Calle Iturrino continuaba en el Manicomio su simulación de locura, con verdadera desesperación del médico que al verle enflaquecer, a pesar de la copiosa sobrealimentación a que se le sometía, me dijo un día:

— ¡Es un caso extraordinario!... Con la insulina que le voy dando, debiera comerse materialmente la mesa de su cuarto, la cama, el armario y la parte de madera del lavabo. ¡Pues como si no!... Además de la insulina y de la espléndida comida ordinaria, se le da a media mañana y después de la merienda un litro de leche con cuatro huevos batidos. ¡Inútil!...

¡Cada día pesa menos!... Me tomo que un día entremos en su habitación y no nos encontremos más que las zapatillas.

Una de las simulaciones de Calle Iturrino, aparte la de provocar por medios mecánicos la expulsión de la comida con harto dolor de su corazón, era la de no pisar raya de los baldosines del suelo de la galería y de la rotonda, y la de asegurar que era el Alcalde de Constantinopla.

Una noche, que cogido a mi brazo paseábamos por la galería, miró a uno y otro lado, y al ver que podía confiarse, me declaró:

— Te advierto que no estoy loco.

Pero como resulta que en aquella Casa lo dicen

todos, cuando es lo cierto que, fuera del médico y de los Hermanos, lo están hasta los criados de más confianza, mi escama no tuvo límites y me puse a estudiar concienzudamente su caso hasta que me convencí de que, en efecto, era todo un maestro en el difícil arte de mantener, sobre todo ante gentes especializadas en el tratamiento de las enfermedades mentales, la salvadora ficción.

Tan bien lo hizo, que al entrar nuestras tropas en Mondragón y aparecer en Santa Agueda el primer oficial de nuestro Ejército, José María Bergé, con el primer soldado que veíamos, Calle Iturrino se presentó en los jardincillos del Manicomio vestido con su mejor traje y llevando en la mano un maletín.

Alrededor del automóvil que había traído al señor Bergé y a su asistente, charlábamos la Comunidad entera, el médico, los enfermos que atienden a la portería y a las oficinas y yo. Abrumábamos a preguntas a los que, con su simple presencia, nos hablaban de victoria y liberación. La presencia de Calle Iturrino en ademán de marcha, dejó livido al P. Superior, que le preguntó:

— ¿A dónde va usted, señor Iturrino?

— ¿A dónde he de ir?... Con estos señores.

Y señaló al oficial y al soldado.

Intervino el médico, y al decirle que no podía marcharse porque era un enfermo que debía aten-

der a su curación, Iturrino le espetó esta definitiva conclusión, que dejó de una pieza al doctor:

—Pues bien, amigo mío. Ni estoy loco, ni lo he estado en mi vida. Todo ha sido una simulación.

A lo que el médico le respondió:

—No puedo menos de felicitarle. Lo ha hecho usted maravillosamente. Pero como el simulador continuado también es un enfermo, tenga la bondad de entrar, que tenemos que variarle el tratamiento.

Y allí nos quedamos, Iturrino y yo, en espera de que entrasen nuestras tropas en Santa Agueda. Como tardaron, nos fuimos antes. Pero este capítulo no está destinado a esta historia, aunque no deja de ser interesante y, en alguna ocasión, lleno de emociones.

La primera bandera española

Tremolaba en la parte delantera del automóvil que había traído el oficial Sr. Bergé. Creo que fui yo el primero que la descubrió desde la reja de la ventana de la enfermería, situada en el primer piso. Desde allí, con el auxilio de unos prismáticos, veíamos cavar trincheras a los rojos en el imponente Udalá. No ha cavado nadie más, ni con mayor entusiasmo. Les decían que estaban cavando la tumba del fascismo y esto les alentaba extraordinariamente. También se divisaba un pequeño trozo de carretera de Mondragón. De pronto, al romperse la pronun-

ciada curva que impide ver el resto del camino, vi el automóvil y la bandera tremolante.

—¡La bandera española! —grité. Corrieron todos a mirar, mientras avanzaba el automóvil.

—No —dijo uno—. Es la republicana.

—¡Es la española!

Entraba ya el auto en el jardín del Sagrado Corazón. No cabía duda. ¡Era ella!... ¡¡Al fin!!... ¡¡Éran los colores adorados!!... ¡¡Era la enseña sagrada de la Patria que una República odiosa nos había secuestrado y falsificado!!

Lo recordaré siempre como una de las mayores y más hondas emociones de mi vida.

A mis estentóreos vivas a España, levantó el oficial Sr. Bergé la cabeza y, al reconocermle, su pasmo fué visible. Pero llevándose el dedo índice de la mano derecha a su sien, hizo ademán de barteñársela con la uña, mientras me preguntaba entristecido:

—Pero ¿también usted?

—¡No, amigo Bergé, no!... Al ver la bandera y al ver su uniforme, es cuando voy a enloquecer de verdad y de entusiasmo. ¡Ahora bajo!

Cuando bajé a los jardincillos, un nuevo suceso emocionante hacía latir a golpetazos mi pobre corazón. La Comunidad entera, compuesta de Hermanos en su mayoría procedentes de pueblos de Castilla, desfilaba en hilera por delante del automóvil, y desde

el P. Superior al último lego; todos fueron besando con fervorosa emoción la bandera idolatrada.

De secar las lágrimas con que quedó empapada se encargó el viento frío de aquella tarde de otoño, en que un oficial y un soldado del Ejército Español, con desprecio a las ametralladoras que habían la carretera, llegaron al Manicomio para devolvernos los colores de España que nos habían sido robados... ¡a cuenta del resultado de unas elecciones municipales!

La política de las dos boinas y de las dos banderas

Nada como la política de las dos boinas del cartero de Santa Agueda, y de las dos banderas del camión que nos traía el pan, explica mejor la situación en que vivíamos los reclusos, y la condición de *no man's land* del Sanatorio. En Mondragón nuestras tropas y en las cercanías de Santa Agueda los rojos, y decididos el cartero y el panadero a no dejarnos sin alimento espiritual ni material, recurrieron a un doble juego al que se entregaban alegremente sin darse cuenta, o sin importarles, sus consecuencias. Jugaban a los dos paños y quienes ganábamos éramos, en realidad, nosotros.

El cartero iba a Mondragón por la correspondencia en una bicicleta. Salía de Santa Agueda con una boina azul, y al llegar al recodo del camino en

que los centinelas de Mondragón podían verle se la quitaba, se la metía en un bolsillo de la chaqueta, y del otro sacaba una reluciente boina roja con la que llegaba a las avanzadas. Pasaba la barrera y llegaba a la Casa de Correos, de donde nos traía la correspondencia. Gracias a él pudimos empezar a leer los periódicos de la zona nacional. ¡Con qué devoción recorríamos las columnas del *Castellano*, de Burgos, de *La Voz de España* y del *Diario Vasco*, de San Sebastián, que eran para nosotros verdaderas novedades periodísticas!... ¡Y con qué fervor pedíamos en la capilla que no se descubriese el juego de las dos boinas!...

El de las banderas del auto del pan era semejante. De Mondragón salía con una nueva y brillante bandera española, que al llegar a la curva peligrosa se convertía, por arte de magia, en la republicana, que era con la que llegaba al Manicomio, para desesperación de todos.

Hasta que un día, en que los rojos, al convenirse de que nuestras tropas no avanzaban y habían hecho alto en Mondragón, bajaron al pueblo desde los montes próximos y hasta trataron de hablar por el teléfono del Sanatorio, cosa que se pudo evitar provocando una avería en la línea el H. Abilio, que era el electricista de la Casa.

Desde aquel día todas nuestras relaciones con el mundo exterior quedaron reguladas por la marcha perezosa de un buey uncido a una carreta y guiado

por la mano experta de Rufino, el carnicero de la Casa.

Muchos sistemas de transmisión de noticias había conocido en mi vida de periodista. ¡Pero por buey, nunca hasta entonces!

Pedrito, espía sin saberlo

Todas las mañanas, después del desayuno, mi atención se concentraba en la alta montaña. La que sirve de fondo al Manicomio. El verde esmeralda de sus campos había sido desgarrado por los rojos zarpazos de las trincheras y casi a simple vista podía seguirse el zigzaguo de las alambradas que las defendían. No era eso lo que me interesaba, sino el ir y venir de un puntito, imperceptible casi, para los que no estaban en el secreto. El puntito, visto con mis prismáticos, era un niño, y este niño, era Pedrito, un pastorcillo alavés, de unos diez años, que todas las mañanas pasaba las líneas rojas y bajaba al Manicomio para que los Hermanos le curasen en el botiquín una herida que tenía en una oreja.

Mientras le curaban le abrumábamos a preguntas. Sin saberlo, era nuestro espía.

Por los detalles que nos daba supimos, por ejemplo, que en Aramayona la guarnición roja la formaban guardias de asalto.

Le preguntábamos por el color de la bandera que ondeaba en los edificios de pueblos o de caseríos por

delante de los cuales tenía Pedrito que pasar, y así conocimos algunos avances de nuestras tropas en terrenos próximos al Sanatorio.

El niño dejó de venir un día.

Mis prismáticos le buscaban anhelantes por entre las matas lejanas en las que de salto en salto acostumbraba a esconderse. ¡Todo inútil!...

Una mañana me dieron la triste noticia. ¡Habían matado a Pedrito!... ¡Una bala de ametralladora había cortado, para siempre, la breve vida de aquel pastorcito simpático, que resistía con valor de hombre las curas del botiquín, mientras nos miraba un poco asombrado, con sus claros y cándidos ojos azules!

Unas buenas mujeres encontraron su cadáver junto a uno de aquellos matorrales en los que tantas veces se había escondido para burlar la vigilancia de escuchas y centinelas, y le dieron sepultura, sin más cristiana señal que la de una tosca cruz hecha con dos ramas de encina.

¡Pobre ángel a quien la brutalidad de los hombres cortó las alas, sin caer en la cuenta de que, precisamente entonces, comenzaba su ascensión gloriosa!...

El suicida de la Farmacia

No me refiero a la farmacia actual del Sanatorio, que es una farmacia moderna, montada con todos los adelantos y provista de los mejores productos y

de los más solicitados específicos. La regenta muy acertadamente un Hermano boticario que, naturalmente, no entrega ni bicarbonato sin receta y sin vife.

Cuando el Manicomio no era propiedad de la Institución de San Juan de Dios, la botica estaba instalada en sitio distinto del actual, y al Hermano farmacéutico (porque ya había entonces Hermanos ejercitándose en la Caridad a los más desgraciados de los prójimos) le ayudaba un enfermo de cabeza descomunal, monstruosa, rapada al cero y tan llena de chirlos, cardenales, trozos de esparadrapo y de tafetán, que despertó en mí una curiosidad fácilmente advertida por el farmacéutico.

El cabezota iba y venía silenciosamente, ordenaba tarros, machacaba en el almirez, pesaba cuidadosamente unos papelitos de una receta, hacía pildoras, y no se daba punto de reposo.

En una rápida ausencia a la botica, inquirí:

—¿Loco?

—Como un cencerro.

—¿Y mancebo de botica?...

—Excelente e inteligentísimo. Tengo en él —añadió el Hermano— un precioso auxiliar.

—¿Pero la cabeza monstruosa y cuajada de golpes y de heridas?...

—Es mi única preocupación. Tiene, como tantos enfermos mentales, la obsesión del suicidio y...

—¡Caray!... ¿Y a un hombre que quiere suicidarse le deja usted manejar tranquilamente todos

esos tarros en los que no faltarán venenos activísimos?...

—Sí, señor. Con la seguridad, además, de que nunca se le ocurrirá suicidarse ingiriendo venenos, ni pegándose un tiro, ni cortándose la yugular. No concibe el suicidio más que por percusión. Si le dejaran subir al tejado sería feliz. Pero ya que a él ni a ningún otro se le permite semejante aventura, este pobre infeliz recurre al procedimiento de aprovechar cualquier descuido mío para subirse a esa pequeña escalera y desde ahí arrojar al suelo de cabeza, imitando a los *plonchons* de los buenos tadores.

La escalera era de unos tres peldaños y se utilizaba para llegar a los tarros de la parte alta de la anaquelaría.

Cada *plonchón* era un tremendo chirlo. Se le curaba... ¡y a esperar otro descuido del Hermano farmacéutico!

Cuando entré en Santa Agueda, pregunté por él. Hacía muchos años que se había muerto.

—¿De algún golpe en la cabeza? —inquirí.

—No. De una pulmonía doble.

En la peluquería

Vuelvo a repetirlo. En el Sanatorio, con la excepción de los Hermanos de San Juan de Dios y de los médicos, todos los demás están como regaderas, con más o menos agujeros.

Desde León, el servicial y activísimo portero, que os acoge, cordial, en los encantadores jardinillos que preceden al magnífico edificio, al caballero que en las oficinas recorre, tras sus gafas de oro, los detalles de fichas y documentos; desde los que en la gigantesca ropería entregan, sin equivocarse jamás, las prendas de vestir de los enfermos, hasta los que os sirven la comida en los amplios, limpios y bien tenidos comedores; desde el carpintero, que en mis tiempos de loco político construía las mejores palas para jugar a la pelota que se han conocido en los frontones de Guipúzcoa, a los que en la peluquería de la casa os enjabonan, os afeitan y os cortan el pelo.

Jamás he sentido mayor pavor que cuando el Hermano jefe de mi pabellón, alma de unas innovaciones deportivas aprobadas por la alta autoridad científica del inteligente director y afamado psiquiatra doctor Pinto, me dijo, al ver que mis barbas crecían más de lo que permite la higiene:

—Amigo mío; tiene usted que afeitarse.

—¿Pero si no he traído máquina ni navaja!...

—Aunque la hubiese usted traído sería igual. Aquí nadie se puede afeitar solo.

—¿Por qué?

—Porque nadie puede respondernos de que usted puede descuidarse un día y dejar en su cuarto y al alcance de cualquier enfermo con tendencia al suicidio, una hoja de afeitar, una navaja. Ya ha

visto usted que ni en la mesa se autoriza el uso del cuchillo.

Una de las cosas a que no pude acostumbrarme nunca fué a partir chuletas con tenedor. En mis cortas oraciones de la mañana siempre suplicaba:

—¡ Señor, que las de hoy estén tiernas!

Total, que no había más remedio. Tenía que someterme al régimen común y dar ejemplo de disciplina acudiendo, con la "agitada masa", a raparme las barbas a la peluquería y a entregar mi cabeza a las veleidades mentales de los compañeros encargados de este servicio, que me parecía a mí escalofriante.

Lector: pon la mano sobre tu corazón y contesta:

¿Te dejarías afeitar por un loco en la barbería de un manicomio y rodeado de clientes atentos a sus manías y extravagancias?...

Pues aquí me tienes a mí, que me dejé afeitar muchas veces por Antonio, que lleva más de ocho años en Santa Agueda arrimándose a todas las puertas con la esperanza de que se abra un día la que le ofrezca la libertad con que sueña. No he tenido mejor barbero. Ni he conocido mano más suave que la suya.

Claro que la primera vez que me puso el paño y se afiló en la palma de la mano la reluciente navaja, se me secó la boca y no di por mi cabeza treinta céntimos; pero me tranquilizó el Hermano Abilio:

—Mire usted —me dijo—, hay tantas probabi-

lidades de que Antonio le corte a usted el cuello y le rebane la nuez, como las de su barbero habitual de Bilbao.

Es decir, que los enfermos mentales, fuera de su manía peculiar, discurren tan bien como usted y como yo. ¡Cuántos, en largos ratos de charla por las alamedas del soberbio jardín del Manicomio me parecían perfectamente cuerdos, hasta que brotaba, inesperadamente, la obsesión que les llevó al Sanatorio!...

—Usted conocerá, de seguro, mi gran peluquería de San Sebastián. ¿No?

—Pues no recuerdo...

—Sí hombre, sí. Tiene usted que conocerla. Es una que tiene un letrero en francés que dice "coiffeur". (El no lo decía en francés, sino pronunciando, como en castellano, todas las letras).

—¡Ah, sí!... ¡Ahora caigo!... ¿No he de conocerla?... ¡La peluquería de *co-i-fe-ur!*... ¡Pues poco famosa que es en todo San Sebastián!

—¡Y en todo el mundo, señor!

—Exacto. En todo el mundo.

—Cómo será —me dijo confidencialmente para que no lo oyese Antonio—, que todas las tardes viene desde Vitoria el Sr. Obispo para que le afeite...

—¡Cal!...

—Y el Sr. delegado de Hacienda de Huelva.

—¿También todas las tardes?

—No. Este se afeita un día sí y otro no; pero

llega de Huelva por las mañanas y se vuelve en los "Wagons-lits de la Compagnie Midi-Méditerranée", con don Alvaro de Luna y una cuñada del sargento de la Guardia civil de Bagnères de Luchon.

—¿También se afeita la cuñada?

—No. A esa, mi primo Lucas le hace la permanente.

Me gustaría, lector amable, que después de un diálogo así, el barbero de mi historia te invitase a sentarte en el sillón y te dijese:

—¿Qué va a ser?... ¿Cortar el pelo?... ¿Afeitar?... ¡A ver qué cara ponías!

Foot-ball en Santa Agueda

El Sanatorio Psiquiátrico de Santa Agueda, que es como, para despistar, se le llama al Manicomio, ha puesto en marcha, con resultados maravillosos incluso en el orden curativo, la más peregrina idea que puede concebir quien, como yo, tenía opiniones íntimas e impublicables acerca del deporte tan típicamente británico como el del "foot-ball". La de constituir con los enfermos, físicamente vigorosos y aptos para el violento ejercicio, dos equipos de "foot-ball" con sus uniformes distintos. Si entre personas que parecen normales hacer convivir, sin posibilidad de saltar las tapias, a dos equipos rivales parece cosa de milagro, calcúlese a qué género de piadosos e inteligentes artífices habrán tenido que recurrir los

Hermanos de San Juan de Dios para que se juegue, en primer término, como ordenan los Reglamentos y cada uno se guarde sus manías para mejor ocasión, y, en segundo, para que después de la contienda reine la paz en la Casa. Parece, a primera vista, que eso es bastante más difícil que lo de mantener la paz entre los Príncipes cristianos, por la que tiene que rogar la Iglesia todos los días. Pues el milagro se realiza todos los días. Es más; con la implantación de este deporte, con la magnífica instalación de un perfecto campo de "foot-ball" en los soberbios jardines del Sanatorio, ha entrado una oleada de alegría en aquel lugar donde tantas tristezas y obscuridades se acumulan, porque no hay desgracia tan aplanante como la de la pérdida de la razón, ni nieblas más espesas que las de un cerebro enfermo.

Que los "locos" jueguen entre sí y lo hagan con tanta formalidad como los "cuerdos", en el caso venturoso y apetecible de que estén "cuerdos" todos los que juegan al "foot-ball" y todos los que gritan, accionan, silban, increpan y retozan desde las gradas —más de un espectador se ha muerto de emoción— ya es prodigio.

Un día supe la sensacional noticia: El "Deportivo de Santa Agueda" desafiaba al "Club de Mondragón" y el "Club de Mondragón" —esto era para los legos en materia mental lo sorprendente— aceptaba el desafío.

Los amigos que llevé de Bilbao, entre ellos el "referee", don Joaquín de Goyoaga, hermano del presidente de la Diputación de Vizcaya y hombre de tan pelo en pecho que fué el que rescató en Francia las joyas de la Virgen de Begoña, robadas por los de la encantadora y bucólica "República de Euzkadi", me preguntaban, angustiados, por el camino:

—¿Qué va a pasar, Dios mío?

Me costó trabajo tranquilizarles, porque es corriente la idea equivocada de que el "loco" lo primero que hace es cortar a uno el cuello y luego contar a los restos una historia absurda.

Los hechos les convencieron.

Porque pudieron ver uno de los más bellos partidos de "foot-ball" que se han jugado. ¡Ni la sombra de un desvario! Es más; los enfermos, fieles al Reglamento, al silbo y a las órdenes del "referee", pusieron tal entusiasmo y decisión en la pelea, que los "cuerdos" tuvieron que regresar a Mondragón con dos "goals", mientras que los "locos" se quedaron en Santa Agueda con cuatro. Colosal victoria que provocó el entusiasmo de los internos y que se contagió a las montañas vecinas, donde se había congregado un apasionado público femenino que, por un misterioso reflejo, se inclinó, desde el primer instante, por los "locos" y les alentó con sus gritos, con sus aplausos y con sus "¡ánimos!".

Porque el señor Goyoaga ordenó, con razón, un

“penalty” contra los “mentales”, la tormenta rugió de monte en monte y se deslizó por los valles.

¡Qué le vamos a hacer!... Las chicas están por los “mochales”.

Si es verdad que “un loco hace ciento”, a estas horas están llenos de dementes del sexo femenino, todos los alrededores del Sanatorio.

¡Cuánto curioso fenómeno en ese mundo lleno de misterio de los enfermos mentales!... Porque apenas terminado el partido y vestidos “de paisano” los jugadores, se le pidió a uno de ellos, al “Madriles”, que interpretase un trozo de ópera —él se juzga mucho mejor que Kiepara— y entonces sí que puede asegurarse que la tempestad de voces descendió de la montaña al valle y que jamás oyó el lindo jardín del Sanatorio gritos musicales más anárquicamente deliciosos.

Probablemente habré sido el primer español que ha presenciado un partido entre “locos” y “cuerdos”.

E N V I O

A mi buen y admirado amigo el eminente psiquiatra Dr. González Pinto, a cuyo talento y entusiasmo profesional, puesto al servicio de la Dirección del Sanatorio de Santa Agueda, debe España el indiscutible honor de poder contar con un Establecimiento modelo en su género, y legiones de enfermos el inapreciable beneficio de ver devuelto el perdido tesoro de su salud y encendida de nuevo la chispa divina que iluminó sus pobres mentes en tinieblas.

I N D I C E

| | <u>Pág.</u> |
|---|-------------|
| A los Hermanos de San Juan de Dios | 3 |
| RECUERDOS DEL MANICOMIO | |
| Por qué negué al P. Damián | 5 |
| Literatura en papel higiénico | 9 |
| El Procurador que era la Banda de Vergara | 12 |
| "¡Tenga usted cuidado con los Médicos!" | 16 |
| El decano del Manicomio de Santa Agueda | 19 |
| Oyendo la Radio | 22 |
| Incidentes en la Capilla | 23 |
| El hombre del "ABC" | 26 |
| "¡A mí no me ahorca usted el seis doble!" | 28 |
| ¡Pobre chico de Pamplona! | 31 |
| La simulación de Calle Iturrino | 33 |
| La primera bandera española | 36 |
| La política de las dos boinas y de las dos banderas | 38 |
| Pedrito, espía sin saberlo | 40 |
| El suicida de la Farmacia | 41 |
| En la peluquería | 43 |
| Foot-ball en Santa Agueda | 47 |
| ENVIO (al Dr. González Pinto) | 51 |
| Setas.—A mi buena amiga Juanita Domingo de Inchausti | 53 |
| En la Audiencia | 57 |

| | Pág. |
|--|------|
| Las flores de Franz Schubert | 63 |
| El lumbago | 69 |
| La naturalidad en el teatro | 83 |
| Los entremeses | 89 |
| Lectura interrumpida | 93 |
| Le ha tocado el gordo al Arcipreste | 97 |
| La Censura como auxiliar de la Agricultura | 103 |
| ¡Pobre Marcial Lalanda! | 109 |
| Un vasco es el mejor historiador del periodismo chino | 113 |
| La anciana de Irún que resultó ser un excelente caballero | 119 |
| Los brindis de los toreros | 127 |
| ¡Cuidado con los sombreros! | 131 |
| Tragedia en unos juegos florales en Vitoria | 135 |
| El fantasma de Guernica | 141 |
| La tierra vasca, cuna de toreros de nota | 147 |
| Escena desconcertante | 153 |
| Hégésippe Simon | 159 |
| Mesa revuelta | 165 |
| ¡El hombre es una verdadera birria! | 173 |
| El viejo Profesor Kuetschke | 177 |
| Ambosio Volland - Frank Powell | 181 |
| Himno para adultos | 187 |
| Con contestación pagada | 189 |
| Competencia desleal | 195 |
| El del tiro en el estómago | 197 |
| El órgano más pequeño del mundo | 203 |

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El arte de torrear de "Botines" (2.^a edición aumentada, agotada).

Los ingleses y los toros (5.^a edición, agotada).

De compras con mi mujer (2.^a edición, agotada).

Los italianos y los toros (1.^a edición, agotada).

Ha llegado el Sr. López (2.^a edición, agotada).

Historia de una gacetilla (2.^a edición, agotada).

Viaje a través de Europa en Guerra.

EN PREPARACION

Prepara el autor un libro de humor semejante a los de sus anteriores obras del mismo género, pero no podemos, por razones ajenas a nuestra voluntad, dar a conocer su título que el autor se reserva, cautelosamente, hasta el último instante.

El mismo título de *Al Manicomio, ida y vuelta*, no se conoció en la imprenta hasta la mediada la composición de sus páginas.